

XII.

LA REACCION Y LAS REVOLUCIONES ⁽¹⁾.

SEÑORES:

No necesita el tema sometido á exámen encomios ni encarecimientos. Es notoria su transcendencia y su aplicacion á las necesidades y preocupaciones de lo presente. Los discursos ya pronunciados, bastan para demostrar su importancia y para legitimar la discrecion de la mesa, que ha sometido á nuestro estudio, no una cuestion pueril ó pedantesca, sino árduo problema que entraña una ley ó regla para la vida práctica, y principalmente para la conducta política.

Yo, por mí, agradezco á la mesa la ocasion con que nos brinda para hacer exámen de conciencia en una materia en la que raras veces influye la conciencia moral y científica, y las más domina la pasion ó el instinto, con su noble impulso y sus fervientes amores, pero tambien con sus arrebatos, sus entusiasmos y sus enloquecimientos. Aquí, donde contando con la amistad de unos, la indulgencia de otros y la ilustracion de todos, seguimos, como veneranda costumbre, la de pensar en voz alta, buscando consejo en los que nos

(1) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el 19 de diciembre de 1864.

escuchan, y pidiendo la enmienda y correccion de nuestro pensamiento, aquí era donde debiamos escrutar públicamente nuestro sentido íntimo, para sorprender en su seno nuestra excitada creencia revolucionaria, y manifestarla despues con la sinceridad que es propia de los que solo se proponen decir y relatar lo que luce en su inteligencia y lo que palpita en su corazon.

Excuse la sección el desaliño y rudeza que advierta en mis palabras: no voy á cuidarlas; quiero ante todo ser franco y leal, y limitarme por lo tanto á expresar lo que pienso y lo que siento, sobre el tema propuesto.

El tema nos interroga sobre la necesidad de las revoluciones, que en el siglo actual han cambiado la constitucion de los pueblos europeos. Yo no puedo responder á esta pregunta, sin resolver antes el problema que esconde y que se da por resuelto. En general, ¿ las revoluciones pueden considerarse como una ley indeclinable de la existencia humana? ¿ Constituyen un recurso necesario en el plan providencial que la historia humana realiza? ¿ Son fenómenos fatales y necesarios para el progreso y mejora de la humanidad? ¿ Constituyen las revoluciones la verdadera teoría del progreso, como sostienen unos, ó son la consecuencia funesta del espíritu liberal y de la ciencia de la edad moderna, como otros afirman?

Si las revoluciones y las reacciones no responden á ninguna ley biológica, no pueden ni deben predicarse. Ni la verdad ni la bondad pueden prestarles su sancion, y yo creo por lo tanto que las revoluciones no son necesarias. Y no entro en la excepcion y distincion de las palabras: no distingo, no exceptúo: tomo los términos segun su acepcion usual, corriente, admitida, comprendiendo la revolucion democrática lo mismo que la

absolutista; y repito que, en mi creencia, no deben ser y no serán necesarias las reacciones y las revoluciones.

Yo mismo, al escuchar esta proposicion que sustentó, me miro con sorpresa y encuentro de antemano en esta conducta mia la confirmacion mas clara de la doctrina general que me obliga á seguirla. Educados en una era que los historiadores modernos llamaron *la edad de las revoluciones*; amamantados desde nuestra primera infancia en el relato de las cruentas batallas que han sostenido en nuestra patria principios contradictorios; bebiendo venganza contra los enemigos de los nuestros desde esos primeros instantes de la existencia; comenzando á colorearse nuestras convicciones con el calor de las iras, que la narracion del martirio de nuestros padres engendró en nuestros juveniles pechos; la idea de la revolucion se nos ha aparecido á todos como el dia de la mas justa venganza y de las mas debidas expiaciones. Ya adultos, nuestros estudios históricos nos llevaban á la lectura embriagadora de las páginas palpitantes de Michelet, Luis Blanc y Lamartine, en las que el heroismo de los unos, el sacrificio de los otros, el entusiasmo de aquellos y la enérgica virilidad de todos, hacia que asistiéramos mudos de asombro, y convulsa la fantasía y fatigoso el pecho, á las jornadas de la revolucion francesa, cuya resonancia crece al compás que se aleja de nosotros la fecha de tan terrible epopeya.

En estos libros y en estos espectáculos hemos aprendido á considerar las revoluciones como los mas solemnes momentos de la historia, en los que súbitamente resplandecen todas las energías humanas, y se gozan y se sufren á la par los tormentos y las glorias que ni en sueños se conciben en la vida vulgar y prosáica de la existencia comun. Despues, ya hombres, al entrar en

esto que hemos convenido en llamar liza ó palenque político, hemos amenazado y hemos sido amenazados con la revolucion; hemos sido emplazados y hemos emplazado ante ese tribunal inexorable, acostubrándonos así á mirar en la revolucion el triunfo, el momento del logro de nuestros afanes y de la victoria de nuestras ideas sobre los ardides, tramas y crímenes de nuestros contradictores. Así el hogar doméstico primero, la educación despues, y por último la vida pública, han contribuido á ofrecernos la idea revolucionaria como un accidente natural en la marcha de los pueblos, que debe aparecer cuando una invocacion ferviente la suscite, derramándola por calles y por plazas.

¿Qué extrañar que con tales antecedentes nuestros labios viertan sin temblar la palabra revolucion ó reaccion, y nuestros oidos no se estremezcan al escucharla? Y cuenta, señores, que yo bien sé que al hablar de espanto y de terror, discurrendo sobre la revolucion, incurro en el ridículo. ¿Quién es hoy tan menguado que palidezca ante el anuncio de una aurora revolucionaria? ¿Quién es tan débil y tan flaco de ánimo que tiemble ante ese solemne instante, el mas levantado de la vida de los pueblos? Esa pusilanimidad es inverosímil, y, sin embargo, es cierta; porque yo me apresuro á declarar que tiemblo y desfallezco, cuando el horizonte oscuro y cargado de mal comprimida electricidad se ilumina con siniestros aunque rápidos fulgores.

No insisto en esta declaracion por el vano alarde de confesarme tímido y asustadizo, cuando los más son fuertes é indomables; sino que entiendo que los mismos que más se glorían de invocar la revolucion temblarian cual yo, si detuviesen su mirada en el significado del hecho revolucionario. Entiendo que es preciso

salir ya de los campos del pensar poético ; creo que es ya hora de vivir en la razon , dejando á la fantasía en su esfera , sin soltarla , como en jurisdiccion propia , para que campee libérrimamente por la vida real , y mucho menos por la vida política. Que este paso es doloroso ¿quién lo ignora? pero no por eso es menos necesaria la transformacion. ¿Quién no ha soñado , como Espronceda , con el puñal de Bruto y con la adusta frente de Caton? ¿Quién no ha fantaseado en los momentos de hastío de esta árida y vulgar vida , cuyos reglados movimientos nos enojan , con dias de graves y universales trastornos , en los que gobierna la pasion y la audacia , y la elocuencia y el atrevimiento encuentran altares? ¿Quién no se ha visto , ó perseguido por las turbas , desdeñando sus amenazas morir despreciándolas , ó enaltecido y victoreado por la muchedumbre , acallar y embravecer sus odios , y todo ello en manos de lo inopinado , de lo inverosímil y extraordinario , que hagan sucederse mil emociones encontradas en el pecho , que se dilata en vano para contenerlas?

Todos nos hemos dado este espectáculo , todos hemos fingido , allá en horas de insomnio , esas historias ; pero si tales fantasias tienen disculpa despues de una lectura apasionada ó de una conversacion ardiente , es criminal llevar esta sed de emociones á la vida pública , y querer convertir la vida social en una série indefinida de trágicas representaciones.

Hace ya años que leia unas lecciones pronunciadas en un famosísimo establecimiento , por un orador no menos famoso. El maestro de aquella juventud concluia diciendo (1) : — «Nuestros padres han visto la re-

(1) M. Quinet.

»volucion en 1793, las guerras de la República y las gigantescas del Imperio: deben estar satisfechos, porque han vivido;— pero nosotros ¿qué hemos visto? — los tres dias de julio.— ¡Ah! para una vida tan larga tres dias de *verdad* es bien poca cosa!»

Ahí teneis exacta y fidelísimamente expresado el sentimiento del famoso orador francés, y teneis expresada esa sed de emociones y esa hambre de lo extraordinario, que nos lleva muchas veces á desoir el austero y severísimo acento de la verdad.

Y con otra tendencia, aunque con igual sentido, ¿no escuchamos diariamente á los que quieren reñir batallas con la revolucion, y la provocan y la retan por el fútil placer de creerse audaces y atrevidos? ¿No ois á los que la dirigen carteles de desafío, llamando revolucion á todo progreso, á todo adelanto, á todo mayor y mas alto conocer de la verdad, como si la vida fuera otra cosa que una sucesion de estados y situaciones, al través de los que la humanidad se reconoce y se siente mas religiosa, mejor y mas dueña de sí y del mundo que se la entregó como patrimonio? ¿Qué insensatez es esta que quiere, y se afana por conseguirlo, que los inventos de la industria, los progresos de la experiencia, los triunfos del entendimiento, no vengan al mundo como dones divinos y mercedes celestiales, sino que surjan armados de todas armas y *riñan batallas* con lo existente ó con lo pasado? ¡De esta manera se desnaturaliza lo porvenir y se corrompe lo presente! Lo que debia venir como auxiliar y como amigo, viene como conquistador y en son de guerra; lo que debia ser visto como hijo esperado y bendito, es repudiado y maldecido!

Los unos quieren ser apóstoles de lo futuro, los otros

mártires de lo pasado. Basta de apostolados y martirios : lo que urge es pensar y discutir, y enrojecer el yunque con el continuo trabajo y con el incesante laboreo de las ideas.

Ha pasado ya la historia de los periodos de la fantasía y de las abstracciones; se anuncia la edad de la realidad, es decir, de lo racional y justo; que la vida, y principalmente la vida política, se vista con la dignidad severa, la gravedad y la medida del que obra conforme á la razon y á la justicia.

Yo creo, señores, que si conseguimos desasirnos de todas las preocupaciones, hijas de la educacion y de la fantasía, que turban la serenidad del juicio; que si conseguimos arrojar lejos de nosotros la pasion de partidarios, y recta y severamente analizamos este fenómeno de las revoluciones y de las reacciones, vosotros, como yo, sentireis espanto al pronunciar nombres que debian ser inefables por lo blasfemos.

Sí, blasfemo, y de ahí el terror que inspira.— Blasfemo de la verdad, protervo y rebelde contra las ideas, blasfemo de leyes divinas de la razon, que lo son de la vida; negacion, en una palabra, de todo el orden racional del espíritu, que legitima nuestra existencia como seres racionales.

Si las ideas, si las verdades racionales por muchos invocadas encontráran verdadero culto; si las proclamaciones de la sagrada idea del derecho y de la justicia expresaran un ardiente y hondo amor, una mística adoracion, no correrian con tanto aplauso los propósitos revolucionarios. Pero las negaciones de la razon han producido sus naturales efectos: los dicterios contra la libre especulacion humana han fructificado; se ha conseguido desterrar de las inteligencias todo principio ra-

cional y superior, se ha trabajado con ahinco por des-racionalizar al sér racional, y cuando se adquiere la conviccion de que la causa de la libertad no tiene mas valedores que los que aquí pugnamos por su triunfo, es natural que se cuide solo de formar batallones y de defender baluartes; porque el número y la fuerza son los que han de conseguir el triunfo.—Y en esta conspiracion contra las ideas políticas todos han tomado parte: los unos proscribian las ideas y condenaban la razon; los políticos declaraban que la política era cosa de astucia y de emboscada, ó una série de alternativas concesiones, y ante tantos y tan continuados esfuerzos se ha venido abajo la creencia en lo racional, la fé y la esperanza en las ideas, y la conciencia del porvenir ha desaparecido de todos los entendimientos.

Así han venido formulándose, al compás que se escuchaban las frases neo-católicas, y las escépticas del doctrinarismo, y las materialistas modernas, las teorías reaccionarias ó revolucionarias, que invocaban la ira de arriba ó el entusiasmo de abajo para llevar á seguro puerto á las sociedades modernas. Los que sembraron vientos recogen tempestades.

La evolucion para mí es lógica: entre el escepticismo científico y la proclama sediciosa existe la estrecha connexion que une la causa al efecto. Si no creo en las ideas, no puedo esperar venga á la existencia humana ninguna otra fuerza ó energía que la que nazca ó resulte del individuo ó de los individuos. Procuraré por lo tanto llamar á mi propósito á la mayor suma posible de ciudadanos. Si no creo en la existencia de las ideas, poco me preocupará lo justo y lo debido, y buscaré lo útil ó provechoso al mayor número, lo que me asegura su ayuda. Y es evidente que, como expli-

có ya el celebérrimo Florentino, no debo escrupulizar gran cosa en la eleccion de medios. ¡Buenos serán y excelentes, si son aptos y bastantes para conseguir el fin apetecido!

La lógica popular es férrea: dadle el principio, negando la realidad suprema, y por lo tanto superior de las ideas; y si no las deduce, ejecutará las consecuencias, que es una forma mas clara de deducción.

Así hemos llegado á la glorificación de la fuerza, que no otra cosa es la política de hoy. ¿Por qué vosotros, los que aun negais que la política sea una ciencia, os irritais contra los demagogos, que buscan los medios que les aseguran su mas rápido triunfo? ¿No buskais vosotros los medios mas seguros para perpetuaros en el poder? ¿No son esta y aquella la misma ocupacion? ¿No arrancan uno y otro afan del descreimiento en las ideas racionales, primeras, supremas, que son la base de la política, y por lo tanto las únicas leyes á que debe sujetarse la conducta? ¿Enaltecer la fuerza ó la astucia no es matar la idea?

Entre embrutecer las muchedumbres ó embravecerlas, entre aherrrojarlas ó enloquecerlas, no hay diferencia. ¿Qué más da la cadena que la pasion, si una y otra roban la libertad al hombre?

No extrañareis, señores, que los que creemos, con religiosa convicción, en la existencia de las ideas absolutas, que la razon humana alcanza y conoce, consideremos como una blasfemia invocar las pasiones políticas, que suponen el desconocimiento de aquellas soberanas ideas.—No extrañareis que los que creen, como yo, en la armonía del pensamiento y de la realidad, cuiden siempre de que se cumpla esta armonía. No extrañareis que los que creemos que las ideas obran en

la vida y la conducen y encaminan segun leyes divinas y sobrehumanas, que el hombre solo puede verlas ó conocerlas (que todo conocimiento es vista real), procuren que los divinos actores de la historia llenen su cometido, limitándose la accion individual y colectiva á auxiliárlas realizándolas y defendiéndolas.

Una vez definida la idea por la ciencia, vista su razon, conocido su fundamento y aceptada su verdad, pasa á ser la eterna musa que inspira nuestras palabras y nuestras acciones. Sin saberlo, inconscientemente, bajo esta nueva norma se transfigura nuestra inteligencia, múdase nuestra conciencia, se cambia nuestra conducta, y nos transformamos en una viva encarnacion de la idea, que por ser verdad se enseñoreó de nosotros. Y este fenómeno, que en la vida individual todos hemos sentido, cúmplase de igual manera en la vida colectiva. Un principio de justicia alborea en las primeras edades del pueblo romano, y muy luego los jurisconsultos lo proclamaron y las sacras leyes y las mas venerandas y seculares instituciones del Pueblo Rey recibieron sus nuevas enseñanzas, hasta convertir las leyes de las XII tablas en el edicto del Pretor. Lenta fué esta trasfusion de la nueva sangre en el inmenso y adormecido organismo del mundo antiguo; pero en la edad moderna, en la que la vitalidad es universal y abraza á la sociedad entera, y en la que es tan enérgica, que táchanla los asustadizos de calenturienta, cúmplase el fenómeno con mayor rapidez, y son buen testimonio de ello las reformas económicas de la vieja Inglaterra, conseguidas tras algunos lustros de incesante é inteligente iniciacion.

○ Pedidles á los mas ganosos de movimientos revolucionarios que formulen clara, concreta y racionalmente

sus aspiraciones; decidles que pidan hoy la reforma de lo conseguido ayer, y que mañana señalen la justicia de nueva reforma y que demuestren y legitimen sus pretensiones, razonada y científicamente, y suya será la opinion pública, y con tal valedor no tardará la ley en ser purísima expresion del sentir general.— No es la vida pública otra cosa que una série indefinida de estados é instituciones sucesivas, en las que encarnan los pueblos las ideas que han enamorado su entendimiento, y de la misma manera que las ideas en su progreso y crecimiento, la última nos señala otra nueva que comienza á brillar en el mas lejano horizonte de nuestra inteligencia, en la vida política, la última conquista abre ya el camino para la próximamente futura, y es preciso volver á caminar con la misma perseverancia y resolucion que consiguieron la pasada victoria.

¡Que el sendero es largo, se dice, y tan largo, añado yo, que es infinito! La humanidad está condenada á perseguir lo absoluto y lo perfecto, que no son de este mundo; pero á cada paso que da en esta eterna espiral de la vida, se siente y reconoce mejor y mas perfecta que ayer, al abandonar la última estacion.

Símbolo, y símbolo expresivo de esta creencia, es la teoría matemática de los límites. Enseña la ciencia exacta por excelencia que existen ciertas magnitudes, las cuales jamás se alcanzan, así como existen siempre cantidades menores que toda cantidad dada. Indefinidamente podemos aumentar y crecer, é indefinidamente podemos disminuir sin llegar nunca ni á la magnitud imaginada, ni á fijar la cantidad menor que concebimos, fraccionando la dada, por mínima que sea. ¡Así se desarrolla ante la inteligencia la infinita jerarquia de la vida espiritual: piérdense los orígenes en el último

fondo de los grados inferiores, y el *límite* último se pierde en las alturas siempre mas altas de una perfeccion inaccesible! ¡ Así se presenta á los ojos del político la gradacion indefinida de mejora y adelantamiento de los pueblos, y cumple religiosamente su cometido, trazando los móviles y los sostenes que deben auxiliar esta peregrinacion por la senda del bien y la justicia!

Las ideas que la razon descubre, que la ciencia explica, que la controversia quilata, purifica y extiende, son el vapor que impulsa, y la electricidad que reanima y fortalece esta incesante peregrinacion de las sociedades humanas.

Nada somos ó cosa muy flaca y deleznable, si no llegamos á ser órganos vivos y encarnacion de las ideas: nada es ó es cosa abominable la vida política, si no es realizacion racional de las ideas. Firmisima en mí esta conviccion, por eso he creido que antes de estudiar los principios de los modernos revolucionarios, convenia declarar cómo entendia la vida progresiva de la humanidad, y cuál era la expresion política que concertaba con ese modo esencial de la existencia humana. El que juzgue la política como realizacion racional de las ideas, y no como una sucesion de reprobadas maquinaciones y tramas repugnantes, DEBE SER CONSTANTEMENTE REFORMISTA, NUNCA REACCIONARIO Ó REVOLUCIONARIO.

No es posible ninguna doctrina reaccionaria ó revolucionaria sino aceptando dos bases ó principios igualmente perniciosos y fatales; el escepticismo materialista en todas sus fases, comprendiendo el teológico, ó la teoría Proudhoniana del movimiento eterno é incesante, sin fin ni brújula. Los reaccionarios parten casi siempre de la primera; los que se llaman revolucionarios parten de la segunda. De-Maistre y Valdegamas

son los filósofos de los revolucionarios en honra de lo pasado : Ferrari y Proudhon los revolucionarios en honra del porvenir.

Desde que comenzó en Huet el escepticismo teológico á revestir caracteres políticos, desde que en el siglo último, y por fin en los primeros lustros del presente, se buscó el cimiento del orden político en el dogma, ó desde que se confirió al orden político el encargo apostólico de proteger y difundir lo religioso, era de temer que surgieran teólogos políticos y políticos teólogos, que confundieran el derecho político con la dogmática ó la moral. Se puso la ciencia, como la religion, al servicio de la política, y se buscó la sancion de teorías enemigas del espíritu progresivo y liberal en las necesidades de la Iglesia, ó en los destinos del catolicismo. El fin religioso absorbió todos los otros fines de la vida, y los teólogos á lo De-Maistre pudieron creer en la necesidad de un estado virtualmente teocrático, que encerrase en determinadas fórmulas la rica y abundosa variedad de aspiraciones que se despiertan en el seno del espíritu humano. Concebidos los moldes, solo faltaba la mano vigorosa que obligara al incandescente espíritu de la humanidad á retorcerse eternamente en esos senos seculares, para que pardurablemente se reprodujeran las maravillas del siglo XIII. El estado, el poder público, recibió esa mision, y como aquel empeño era contra la natural espontaneidad de la vida, fué necesario, como siempre que se contraría la naturaleza, apelar á la fuerza, á una dictadura teocrática, que se llama en la historia moderna 1814 ó 1823 en nuestra España. Las *Veladas de San Petersburgo* y el *Ensayo sobre el catolicismo* son las dos proclamas de estos revolucionarios del pasado. En es-

tos libros el porvenir histórico se cierra con muro férreo: la razon que podria verlo está condenada invenciblemente al error; es preciso detener las espumosas corrientes que buscan lo futuro, remansarlas, y empujando la presa con brazo esforzado, volcarlas en el tranquilo lago de donde partieron, y buscar en el terror ó en la contemplacion mística el olvido de nosotros mismos. ¡Triste y desoladora doctrina! ¿Qué ha de engendrar esta negacion del hombre, sino atentados contra la libertad y el derecho?

Y aun cuando hojeamos tan singulares y calenturientas producciones, cuando respiramos aquel misticismo bélico de De-Maistre ó Valdegamas, el espíritu se complace en la hermosa grandeza del error, en la magnificencia literaria de tan radical absurdo. Se asiste con emocion á la lucha de un pensador que se empeña en impedir el paso de tres siglos que ya han pasado, dejando en la historia un arte, una ciencia y un dogma; de un pensador que quiere, no reformar lo presente, sino rehacer lo pasado, la historia desde el siglo xvi. ¡Pero hasta de tan modesta consolacion literaria nos privan hoy los acólitos de aquellos grandes revolucionarios, que solo alcanzan á desear unos cuantos destierros, alguna ley de orden público, y tal cual alteracion en los reglamentos de los cuerpos colegisladores!

Ferrari, el renombrado autor de la *Filosofia de la Rivoluzione*, definió la revolucion llamándola el triunfo de la filosofía destinada á gobernar la humanidad, y la filosofía que proclama el célebre italiano en un sensualismo escéptico, una obstinada negacion del orden metafísico, del orden racional. Proudhon, en su *Theorie du progres*, enaltece asimismo un movimiento incessante, continuo, ciego, porque no reconoce finalidad,

ley ni grado, y mal podia reconocerlo cuando el célebre escritor reniega de lo sustancial, de lo permanente y absoluto. En estas tendencias se han engendrado esas doctrinas científicamente blasfemas, que hablan de matar *lo absoluto*, de destronar la *metafísica*, que enseñan que no hay otra verdad que la que se mide ó se pesa. En esa tendencia se han engendrado los absurdos que fingen un estado histórico, basado en la negacion de las aspiraciones de lo presente; en estas doctrinas, en una palabra, se engendran las iras reaccionarias y los entusiasmos revolucionarios. No es esta la ciencia contemporánea, no es esta la doctrina racional, que declara la existencia de las ideas, y que nos convence de su asistencia á la vida humana, ennobleciéndola al dirigirla. De la misma manera que las sustancias minerales al solidificarse cristalizan en estas ó aquellas formas geométricas, bajo la influencia misteriosa de una ley desconocida, pero presente; así al venir á la vida pública el espíritu humano, cristaliza en santas convicciones de bondad y justicia por el ineludible precepto de la razon y de las ideas. ¡No destruyamos esta misteriosa cristalización del espíritu, y obedeciendo á leyes supremas, crecerán en fuerza y belleza, hasta llegar á ser magníficas y seculares instituciones que amparen las nuevas formas que lo futuro engendre!

Oigo las acusaciones de optimista y de místico. ¡Quizá no sean injustas! Pero en estos dias de aborrecimientos y de odios, de negaciones y dudas, me complace creer en gloriosos destinos para la familia humana, en nobles empresas, noblemente realizadas. En estas horas de amargura y de desconfianza de Dios y de la ciencia, me place creer en la asistencia divina y en la eficacia de las ideas que concurren con el hom-

bre á realizar el plan divino, y justo es, en mi sentir, que cuando tantos odios conspiran contra las ideas, haya quien las ame con entrañable afecto y busque en su vista el embeleso de su pobre inteligencia y el pasmuso de su corazon.

Pero se me dice, la historia no procede de ese modo. Cada idea cuenta á millares sus mártires; el dolor es inherente al alumbramiento de lo futuro por lo presente; la lucha es inevitable; el que posee resiste, lo que viene debe conquistar, y solo por derecho de conquista, y despues de reñir bravas batallas, han conseguido enseñorearse las ideas y dictar sus preceptos á los codificadores y á los gobernantes. Desde la aparicion del Cristianismo hasta nuestros dias el progreso se ha cumplido revolucionariamente, y el hierro y el fuego han sido sus propagadores, y la sangre su bautismo. Es cierto, señores, así ha sucedido; pero por lo mismo que ha sucedido no debe ya suceder. ¿La humanidad está condenada á plagiarse? Ciertos que el hombre es siempre el mismo en su constitucion, en sus propiedades y en sus aptitudes; cierto que es siempre la misma su naturaleza, su virtualidad; pero no es menos cierto que nunca se repiten en la vida individual ni en la del género, dos estados idénticos de esas facultades y de esas aptitudes. Ciertos que su cerebro, y su corazon, y su sistema nervioso, y su sistema muscular, son siempre los mismos; pero no es menos cierto que no es nunca el mismo su pensar, su querer y su sentir. Sometido á la ley de tiempo, á la sucesion de estados, al través de los cuales marcha, asistido de su conciencia y de su memoria, que guarda lo que fué ayer; su inteligencia, como su sentimiento, se modifican incesantemente, y si el acto, la obra, es una consecuencia de lo conocido.

y deseado, y el querer y el desear modificanse de continuo, es evidente que los hechos humanos se diferencian de la misma manera y en el mismo grado en que se diferencian las causas que los engendran. Y la razon es óbvia. La vida no es otra cosa que una exteriorizacion sucesiva y gradual de la esencia, de las virtualidades humanas. Una vez realizada como pensamiento, como creencia ó como institucion alguna virtualidad; es decir, algo de lo que virtualmente es el hombre, la humanidad recoge aquella conquista, la engarza en su historia, brilla, ilumina y pasa á ser nueva causa que desprende del inagotable seno de la humanidad nuevas y mas preciadas creaciones. El efecto de ayer es causa mañana que engendra nuevos efectos, y esta es la razon que impide se repitan las edades y se copien los sucesos, y esta es la causa de la infinita variedad que ofrece la historia universal, por mas que sea siempre el mismo el actor de la historia. Lo que sucedió no sucederá. Lo presente es distinto de lo pasado, y lo futuro se diferenciará de lo presente.

Lo que ha sucedido en el siglo xvi, en el xvii, en los últimos lustros del pasado y en los primeros del presente, nos demuestra que la revolucion religiosa, que la inglesa y la que derribó el trono de San Luis, hubieran podido cumplirse sin estrépitos y sin violencias. Suprimid en la historia de esos grandes periodos revolucionarios, el espíritu de reaccion, los enconos y los odios, dejad solo las ideas aceptadas y los progresos deseados, y esos progresos y esas ideas aparecen en el periodo reformista, que precede á esos grandes cataclismos, en toda su verdad y en toda su magnificencia. ¿Sin la reaccion de los Estuardos se hubiera provocado la revolucion inglesa? ¿Si Carlos II hubiera cumplido

los pactos que contrajo Monck, y aquellos pactos hubieran sido leyes para sus sucesores, hubiérase verificado el cambio de dinastía? ¿Si la monarquía constitucional de Luis XVI hubiera sido una verdad, la revolución francesa hubiera llegado á los dias del terror? ¿Si las naciones europeas hubiesen respetado el principio de no intervencion, se hubiera unido el espíritu nacional al revolucionario para crear el terrible período de la Convencion? Es evidente que no. Las ideas habian crecido y madurado: los grandes escritores del siglo XVIII, sus discípulos y sus sectarios habian conseguido que la reforma reinase en la opinion. Las asambleas provinciales se afanaban por aceptar las reformas administrativas y económicas; así como el clero, la nobleza y el estado llano acogian las reformas políticas en los Estados generales.

Se proclamó la reaccion, y tras ella vino la revolución, auxiliada del sentimiento patriótico movido en sus mas hondos afectos de honra é independencia nacional. Se erigió en principio la contradiccion de lo presente, y surgió lo futuro, negando radicalmente lo actual. Por eso entre los revolucionarios franceses figuran con igual derecho María Antonieta que Vergniaud, Brunswich que Danton, España, Prusia ó Austria, que los franciscanos ó los cordeleros, Inglaterra que los jacobinos, la Vendee que los marseleses. Siempre esas grandes acciones trágicas desenvuelven su accion de la misma manera. Las ideas: la reaccion: la revolucion. ¡ Gigantesca trilogía que representa la humanidad entera con sus entusiasmos y sus pasiones!

Pero de estos tres términos no hay ninguno fatal, no hay ninguno necesario á excepcion del primero: las ideas. Las ideas son porque Dios es, y vienen al mun-

do porque Dios es, y se encarnan en la inteligencia humana porque son en Dios, y porque el hombre tiene un fin que cumplir, y son las ideas los eternos lumináres que le descubren los senderos que debe recorrer. Juzgad á la inteligencia mirando y viendo las ideas, al sentimiento embebecido en su amor, á la voluntad deseosa de realizarlas; suponed respetuosa á la humanidad con estos huéspedes divinos, y las blasfemias reaccionarias no aparecerán, y los absurdos revolucionarios ni siquiera serán imaginados.

Pero, se repite, que estos son deliquios, hijos de un espíritu optimista y utópico; se repite que ese cuadro es irrealizable. ¿Por qué, señores? ¿Es irrealizable que el sér racional racione? ¿Es utópico que el sér inteligente entienda? ¿Es absurdo que el sér que conoce tienen su asiento en Dios todas las ideas, ame y veneré á las ideas? ¿Es mas humano, mas verdadero que el sér racional desoiga la razon y escuche solo el rugir de las pasiones, y corra arrastrado por las iras, y se empeñe en impías luchas contra el órden divino que rige y gobierna al órden natural? ¿Qué es lo único que pido para que se borren de las páginas tan cruentas narraciones? Solo el respeto á la inteligencia humana y sus manifestaciones. Respetad la inteligencia humana y todo se os dará como por ensalmo. ¡Y cómo no, si esa es la excelsa, la divina cualidad del espíritu del hombre!

Yo comprendo que los que conciben la historia humana como una calenturienta sucesion de erupciones volcánicas que revelan la sustancia ígnea de la humanidad, que los que comparan la existencia humana con la de la naturaleza, porque en su sentir aquella no es mas que una prolongacion de esta, juzguen á las revoluciones, cumpliendo fin semejante al de las tempestades,

cuando purifican la atmósfera, ó al de los movimientos subterráneos que llevan á la superficie sávia y vitalidad; pero todos estos errores, rechazados hasta con menosprecio por la ciencia contemporánea, es harto irrisorio que se produzcan en este certámen, queriendo fundar en ellos propósitos revolucionarios. Orgánica y gradualmente se desenvuelve la historia, y no existen, no pueden existir en la colectividad como ley esas bruscas é inopinadas transiciones, esos gigantescos cataclismos, que acusan siempre la falta de la ley, no su presencia.

Si es hora ya de concertar la conducta política con las verdades por todos proclamadas y con los principios por todos conocidos; como resulta de las verdades expuestas, como consecuencia precisa de la indeclinable obligacion en que todos nos encontramos de hacer lo pensado y de amar lo conocido, aconsejaria á estas nuevas generaciones que hoy se presentan á las puertas de la vida política, que separándose de la senda emprendida, se colocasen en una actitud digna para ellos y altamente provechosa para el país.

Yo creo que la administracion y el gobierno no son la política, por mas que en el sentido lato esta comprenda al gobierno y la administracion. Separemos del hombre administrativo, al hombre de gobierno, del que solo aspira á ser político, del que desea influir en la opinion pública. Todos los caminos que conducen al poder están tomados, llenos de gentes, llenos de partidos. Pero está solo y desierto el camino de la iniciacion política, está sin gentes el partido en que deben colocarse los que, reconociendo y declarando que no pueden, que no quieren ser hombres de gobierno y de administracion, aspiren, se consagren, ¡cuán noble

empeño! á facilitar el camino del progreso á la administracion y al gobierno, á señalarles los males de hoy, aconsejando la reforma, á pedir la mejora de lo existente, á solicitar la enmienda y correccion de lo des-acertado é injusto, á abrir nuevos y mas cumplidos horizontes, y á mostrarse siempre, en toda ocasion, en cada instante, descontentos de lo actual, ansiosos del porvenir y con el ánimo dispuesto á llamar á sí la opinion pública, á dirigirla en pos de aquella reforma de carácter mas urgente, de mas apremiante necesidad. El ideal no se agota.

A la manera que el escultor enamorado de la belleza ideal se afana con ardor creciente por dar al mármol aquellas puras y delicadas formas en que se deleitan los ojos de su espíritu, y cada vez que ha conseguido fijar una perfeccion en la estatua, despues del primer instante de arrobamiento ve otra cosa mas perfecta que palpita ya en la superficie y que quiere salir del fondo de la pasada, y torna de nuevo al cincel, y crece su ardor y aumenta su entusiasmo; del mismo modo comprendo yo esta parcialidad política que, fija la vista en el ideal, se esforzara por conseguir la serie de perfecciones que gradualmente mejoraran lo económico, lo administrativo y lo político, unificando y robusteciendo las energías políticas de la sociedad moderna, que la han de sostener en esta eterna peregrinacion, hácia la verdad y lo bueno, que no admite fatiga ni descanso.

Los partidos políticos, hijos de eventualidades históricas, nacidos al fosfórico resplandor de un acaso, impulsados por el deseo del triunfo, no llenan hoy esta funcion política necesaria, de todo punto necesaria, en el desarrollo de la vida moderna. Ya que nuestros padres y predecesores nos dieron con su meditar las ideas

que hoy sirven de alimento á nuestra inteligencia, y con sus hechos campo y espacio para decirlas y sustentarlas, á nosotros toca el ser, en cuanto las fuerzas de cada cual alcancen, sus valedores y sus soldados, dejando á otros el cuidado de administrar y los deberes del gobierno.

¿Qué nombre llevarian estos partidarios? No lo sé ni me afano por saberlo: sé que serian progresivos y no progresistas, sé que serian liberales y radicalmente liberales, sin que los republicanos quisieran llamarlos hermanos; sé que la opinion pública, mas tarde ó mas temprano (no hoy que anda enloquecida y muy ocupada con los adjetivos y con las denominaciones), concluiria por mirar con estima, despues con respeto, y por último con veneracion, á los que ignorando si existen provechos individuales en esto de la politica, cuidáran solo de dar forma y traer á la realidad las augustas enseñanzas de la ciencia y los consejos y las advertencias que surgen de continuo de la vida real y práctica.

Siempre en la oposicion, pero en esta oposicion razonada y discreta, poco importa al partidario de esta doctrina progresiva que sean estos ó aquellos los que la realicen: lo que le interesa es que se realice. Sean otros, en buen hora, los que administren y gobiernen; para el político racionalista, para el hombre de iniciativa, para el continuo reformista queda la gloria inconcebible hoy de haber iniciado la reforma que causa bienes, de haber sostenido la opinion pública en sus demandas, y la de haber impulsado á los gobernantes á escucharlas.

Si mañana la reforma hoy solicitada se consignara en leyes, al político, escrutando profundamente lo actual,

toca decir al siguiente día cuál es la nueva reforma que precisa cumplir, y pugnar por su triunfo con la misma energía que se procuró el triunfo de la ya alcanzada. De esta suerte, señores, los partidos actuales, harto llenos de realidad y aherrojados en las estrechas fórmulas de su credo, tendrían la lección de lo futuro, la advertencia de lo ideal, la voz continúa é incesante de la perfección á que debe aspirarse y que no debe desatender nunca la sociedad presente. De esta suerte, ya que lo pasado y lo presente encuentran tantos abogados, contaría también con los suyos el porvenir, y de esta manera todas las fuerzas políticas que deben converger á producir la vida pública tendrían su debida manifestacion.

Si también esto es utópico, si son también sueños y visiones, si el considerar como única recompensa, pero como la mas grande de las recompensas y el mas gozoso de los júbilos el ver realizada la reforma que se solicitó, el ver ya gustado el provecho que se predijo; si esta verdadera mision de la idea no puede encontrar sacerdotes, porque no hay salario para los misioneros; si continúa vacío el tribunado del porvenir, y la generacion nueva no se siente capaz de ocuparlo; entonces seguiremos discutiendo si las revoluciones son ó no legítimas, si en este ó en aquel caso procede la revolucion, irán discursos y vendrán discursos sobre el derecho de rebelion y el derecho de reprimir, y continuará siendo la política, no el encarnar de las ideas, sino aquella cruda y sangrienta guerra en que los beligerantes concentran sus fuerzas en torno del poder que desesperadamente defienden los unos y asaltan los otros con mayor desesperacion.

Pero conste que no es esta la política que nace de la

ciencia moderna, tan calumniada; que no son estas las enseñanzas que se desprenden de las ideas que inspiran á los modernos pensadores; así como no debia ser la sociedad del siglo XIX la poblada de tantos encantos y maravillas, la rica en ciencias, la fastuosa en doctrinas, la inmensa en nobilísimas aspiraciones, teatro de luchas, en las que al desgarrarse los cuerpos y al ensordecer los aires con rugidos temerosos, iracundas muchedumbres blasfeman de las ideas, ángeles custodios que la bondad de Dios colocó en el alma de la humanidad, para dirigirla por las magníficas sendas que conducen á una mayor union con Él, que es el sumo bien y la verdad suprema.